

¿QUIÉN CONOCE EL FUTURO (INMEDIATO) DE RUSIA?

RAFAEL FERNÁNDEZ*

El suspense sobre el futuro de la economía rusa continúa. ¿Los buenos resultados de 2000 forman parte de un episodio pasajero que no aleja la sombra de la crisis o constituyen un punto de inflexión definitivo hacia un crecimiento económico sostenido? Aparentemente, los fantasmas del pasado han sido vencidos. Sin embargo, nadie se atreve a afirmar que el final del principio ha terminado. Después del brutal desmentido que dieron los hechos a las optimistas previsiones realizadas en 1997, los observadores se muestran enormemente cautos a la hora de aventurar un pronóstico. Todos constatan que la producción viene creciendo a buen ritmo -como nunca antes lo había hecho-, que en pocos meses se ha recuperado la estabilidad monetaria y que las exportaciones disfrutan de un dinamismo sin precedentes, pero ningún analista parece confiar excesivamente en que esta evolución se mantenga durante mucho más tiempo. Y es que las mismas razones que sólo hace unos años sirvieron para anunciar que Rusia estaba dejando definitivamente atrás los años más difíciles de la transición, ya no parecen ser suficientes para animarse a señalar al año 2000 como el primero de la consolidación sistémica. Parece que las miradas han aprendido a ser más críticas (no hacia sí mismas, sino hacia la realidad rusa), por lo que al tiempo que se relativiza la aparente brillantez de algunas de las principales macromagnitudes haciendo constar la influencia de factores coyunturales como la devaluación del rublo o la fuerte subida de los precios del petróleo, se llama la atención sobre aspectos -hasta ahora considerados marginales- vinculados al ámbito microeconómico e institucional.

Después de que las tasas de crecimiento registradas durante el segundo semestre de 1997 fueran moderadamente positivas, el PIB volvió a caer abruptamente durante 1998 hasta tocar fondo al final de dicho año. Desde entonces, la producción inició un viaje de vuelta hacia los niveles previos a la crisis que a la altura de octubre de 2000 sigue sin interrumpirse. El PIB actual está situado un 3,5% por encima del de 1997 e incluso supera por unas décimas al alcanzado en 1995. El crecimiento en 1999 fue del 3,2% y durante los dos últimos trimestres de ese año y los dos primeros de éste las tasas de incremento han sido las más altas registradas desde el inicio de la transición: 6,7%, 7,3%, 8,4%, y 6,7%, respectivamente.

Las exportaciones netas y la formación bruta de capital fijo están siendo los principales motores de este crecimiento. En 2000, las ventas mensuales al exterior están superando los cinco mil millones de dólares, cuando en 1997 los ingresos medios mensuales por este concepto fueron de \$1,5 mil millones. Por

* Investigador

su parte, la FBCF, que aún en 1999 sólo aumentó un 1%, viene creciendo durante todo el año a tasas superiores a los dos dígitos respecto de las mismas fechas del año anterior. Por contra, el consumo permanece estancado desde abril de 2000 y sigue sin superar los niveles de 1997.

Por sectores, la industria y la construcción son los que más crecen y ya han superado las cifras de producción previas al derrumbe de 1998; mientras que la agricultura, aunque ha frenado su caída, se mantiene más de diez puntos por debajo de la producción alcanzada dos años atrás. En los servicios, el fuerte crecimiento de algunas ramas como la de transportes y comunicaciones, contrasta con los continuos descensos del comercio, en coherencia con el mal comportamiento de la demanda de consumo.

Así las cosas, en estos momentos resulta complicado prever la evolución del PIB en el transcurso de los primeros meses de 2001. El balance de este año, en términos productivos, parece positivo, pero no es fácil saber si es el resultado de la fuerte caída anterior o si, por el contrario, durante este tiempo se ha estado preparando la pista para el despegue definitivo de la actividad productiva. Aún a comienzos de año, las previsiones en este sentido eran ciertamente pesimistas, por cuanto que la inversión apenas había experimentado aumentos durante 1999. Sin embargo, los fuertes incrementos de la FBCF que se vienen registrando desde el último cuatrimestre del año anterior están abriendo la puerta a la esperanza.

Hasta ahora, el descenso permanente de esta variable parecía situar el límite del incremento de la producción en el aumento de los niveles de utilización de la capacidad instalada. Para algunos este hecho no parecía ser excesivamente grave, habida cuenta del bajo grado de aprovechamiento de los recursos que viene siendo característico de la economía rusa desde antes incluso de la desintegración de la URSS. Sin embargo, para la mayoría de los especialistas, el envejecimiento físico y la obsolescencia tecnológica de los equipos y las infraestructuras es tan elevado que la única manera de sostener el crecimiento pasa por un aumento continuado de la inversión productiva, que permita ampliar y renovar, en profundidad, el stock instalado. Por ello, hace tan sólo unos meses se albergaban serias dudas sobre la posibilidad de preservar el crecimiento durante el próximo año, pero con el renacimiento actual de la inversión las perspectivas se han hecho algo más optimistas.

Las buenas expectativas generadas por este desconocido comportamiento de la producción y la inversión se suman a los incuestionables logros alcanzados en lo que se refiere a los tres pilares básicos de la estabilidad macroeconómica: inflación, déficit público y tipo de cambio. Los precios al consumo, después de haber estado desbocados durante la mayor parte de 1999, con tasas que llegaron a ser superiores al 120%, se han estabilizado en torno al 20% anual. Las cuentas públicas, aunque con irregularidades contables, registran cifras superavitarias, y el rublo, que en los meses siguientes a agosto de 1998 había perdido un 40% de su valor, viene revalorizándose de manera firme, pero lenta, lo que hace posible recobrar la confianza en la moneda, pero sin ahogar el impulso exportador.

Sin embargo, a pesar de estos hechos, coincidimos con aquellos que razonan que bajo esta halgüeña superficie siguen escondiéndose los mismos problemas que en ocasiones anteriores han impedido el despegue definitivo del crecimiento. Según las fuentes puede hacerse más hincapié en unas variables que en otras, pero son muchos los que opinan que la pervivencia de las

ineficiencias fiscales, la ausencia de una adecuada intermediación financiera, la corrupción, la extensión de las relaciones de intercambio no monetizadas, los impagos, la ausencia de una ley de quiebras eficaz, la indefinición de la propiedad, la ausencia de una reestructuración profunda en el funcionamiento interno de las empresas, la fuga de capitales, además de algunos otros factores -vinculados todos ellos al ámbito microeconómico e institucional- hacen insuficiente la estabilidad de los precios, el equilibrio presupuestario y el éxito de la política cambiaria.

Además, si bien es justo reconocer que el buen comportamiento de estas tres últimas variables está contribuyendo a la recuperación de la credibilidad de la economía rusa, no cabe duda de que existen razones para pensar que la naturaleza de estos equilibrios es bastante frágil. La devaluación ha permitido ganar competitividad a las ramas de exportación, al tiempo que al encarecer las importaciones ha favorecido un tímido resurgimiento de la producción nacional dirigida al mercado interno; pero el consiguiente superávit comercial, en buena parte debido a las ventas de gas y petróleo, presiona al alza el valor del rublo, lo cual cabe presumir que terminará asfixiando la incipiente recuperación de la actividad productiva. Precisamente por ello la política cambiaria viene intentando, con éxito, evitar una apreciación excesivamente prematura de la moneda. Pero se entiende que estas medidas no podrán sostenerse durante mucho tiempo, puesto que su efecto inflacionario acabará provocando una apreciación real del tipo de cambio. Ello supondría la quiebra del principal sustento del actual crecimiento productivo. Por otro lado, si en el mejor de los casos el rublo se mantiene moderadamente barato -y el petróleo caro- se conseguirá mantener el superávit comercial, pero a costa de encarecer el servicio de la deuda y de impedir la reestructuración productiva por medio de la importación de bienes de equipo.

Por lo que se refiere a la desaparición del déficit público los éxitos también han de ser vistos con precaución. Ciertamente el equilibrio presupuestario ha dejado de "desviar" el ahorro hacia la adquisición de GKO's (títulos de deuda a corto plazo) y ha eliminado la tentación de solicitar préstamos al Banco Central, con el consiguiente impacto sobre la inflación. Además, aunque los niveles de endeudamiento eran enormes, la renegociación posterior a la crisis de agosto resultó muy favorable a los intereses del Estado, lo cual, por otro lado, ha servido para demostrar que, dentro de su debilidad, el sector público aún es capaz de marcarle ciertas condiciones a los agentes privados. Sin embargo, es necesario hacer notar que el saneamiento tiene un alto componente de artificialidad contable, pero sobre todo que éste se ha logrado gracias al aumento de la actividad y a la mejora de la situación financiera de las empresas, fenómenos que tienen su origen en la devaluación y en los beneficios extraordinarios obtenidos por parte del sector energético. Por tanto, el incremento de los ingresos y el pago del servicio de la deuda depende de dos factores coyunturales que difícilmente permanecerán inalterados durante mucho tiempo.

En suma, la conclusión a la que llegan la mayoría de los observadores es que, tras el hundimiento de 1998, un conjunto de factores coyunturales como la devaluación del rublo y la subida de los precios del petróleo, junto con una acertada política monetaria y cambiaria, han permitido mantener una aceptable estabilidad macroeconómica y recuperar la actividad productiva; sin embargo, debido a las innumerables deficiencias estructurales que aún existen en la

economía rusa, no hay más que esperar a la ruptura de los precarios equilibrios alcanzados en la esfera monetaria para que el momentáneo crecimiento actual vuelva a desaparecer como lo ha hecho en ocasiones anteriores. Siguiendo este razonamiento, sólo la reforma en profundidad de la esfera productiva e institucional permitirá confiar en un futuro caracterizado por el aumento sostenido de la producción y las rentas.

A pocas semanas de que finalice el año, este planteamiento sigue prevaleciendo y, en nuestra opinión, continúa siendo válido. Sin embargo, a punto de entrar en 2001, la producción sigue creciendo, pero también lo hace la inversión, como nunca lo había hecho desde el comienzo de la transición. La (frágil) estabilidad monetaria se conserva, los impagos y el barter se han reducido significativamente y algunas reformas de fondo se han puesto en marcha, especialmente la que afecta al sistema fiscal, aunque también ha habido sonoros fracasos como la reestructuración del sistema bancario. En este sentido, empiezan a cundir las dudas sobre si el círculo vicioso de comportamientos destructivos que se autoreforzan, característico de la década anterior, será finalmente sustituido, esta vez sí, por un círculo más virtuoso de crecimiento. No obstante, por el momento parece más realista, aunque menos alentador, seguir pensando que desafortunadamente el castillo de naipes acabará volviéndose a derrumbar. En cualquier caso, mientras los datos sigan sin confirmar esta hipótesis, el suspense continúa.